

Lidia Jorge

La costa de los murmullos

TRADUCCIÓN DE FELIPE CAMMAERT



LA UMBRÍA Y LA SOLANA



LA UMBRÍA Y LA SOLANA

Título original: *A Costa dos murmúrios*,

Lídia Jorge

Dom Quixote, 1988

La costa de los murmullos

Lídia Jorge

Primera edición: septiembre de 2021

© Lídia Jorge, 1988, de acuerdo con la Agencia Literaria
Mertin Inh. Nicole Witt e. K., Frankfurt am Main, Alemania

© de la traducción del texto, Universidad de los Andes

© de la ilustración de la cubierta, Arturo Revuelta

Edición © La Umbría y la Solana, 2021

c/ Pez Austral, 11

28007 Madrid

info@laumbriaylasolana.es

www.laumbriaylasolana.es

Coordinación editorial: Pilar Ramos Vicent, Feliciano Novoa Portela
Director de la colección de autores portugueses: Antonio Sáez Delgado

Diseño y composición: Raúl Areces

ISBN: 978-84-123512-6-2

Depósito legal: M-23706-2021

Impresión: Calprint Digital

Impreso en España - Printed in Spain

Bajo las sanciones establecidas por las leyes, quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro (incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet) y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos.

ÍNDICE

Los saltamontes	11
I	50
II	78
III	105
IV	133
V	171
VI	197
VII	245
VIII	273
IX	286

Los saltamontes

*¡Oh, cómo llovían esmeraldas voladoras!
El cielo se incendió de verde donde no era necesario.
¡Todas las hogueras de la costa tomaron ese color;
incluso las que ardían en nuestros corazones!*
Álvaro Sabino

EL NOVIO SE APROXIMÓ A SU BOCA, al principio se topó con los dientes, pero luego ella dejó de reír y sus lenguas se tocaron delante del fotógrafo. En ese momento, los invitados sintieron un estremecimiento de alegría y furor, como si se desvaneciera cualquier recelo de que la Tierra pudiera no haber sido fecundada. Ya no estaban al pie de ningún altar, sino en la terraza del *Stella Maris*, cuyas ventanas se abrían al océano Índico. Evidentemente, en la terraza no había ventanas, sino columnas sobre las cuales se extendía una lona ligera, adecuada para proteger a una comitiva tan importante y numerosa como esa. El fotógrafo se subió a las sillas y luego se acercó al suelo para quedar completamente tendido y así captar el beso desde todos los ángulos, de modo que el novio continuó con los ojos cerrados y ella solo de vez en cuando abría los suyos. Por su parte, los invitados aplaudían incesantemente, como al final de un aria sutil que sin duda no se oirá nunca más. Presuroso, el fotógrafo pidió que el novio tomara a la novia en sus brazos y la levantara a la altura del pecho, junto a la barandi-

lla que impedía que quien se asomara cayera al Índico. Era majestuoso. Ella obedeció; recostó la cabeza en el hombro del novio y él la miró con ternura. Caídos y lánguidos, los ojos del novio, cuando se abrían y cerraban, tenían un aspecto acuoso, de pez. Los invitados seguían aplaudiendo, y algunos de ellos sudaban y tenían las manos enrojecidas de tanto aplaudir. Era un momento lleno de encanto.

En ese instante, la novia, que solo había llegado la noche anterior, pero a quien todos ya llamaban Evita, abrió los ojos y, más que la cantidad de invitados, la sorprendió el tamaño de la mesa. Las langostas rojas y partidas por la mitad formaban un cardumen. Las papayas amarillas estaban cortadas en forma de corona real y adornaban el mantel entero. Las piñas se juntaban en el centro, imitando el emplumado abanico de un fantástico pavo. Ella se acercó a aquel pavo, echándose el velo completamente hacia atrás y riendo cada vez más. Sin embargo, el lugar que Evita, dulcemente empujada por el novio, debería ocupar, no era el centro —dijo el fotógrafo con un amplio ademán— sino la cabecera, donde había una tarta de siete pisos con un ramo dispuesto a modo de lluvia. Un criado extraordinariamente negro, vestido con un uniforme completamente blanco, trajo una espada en una bandeja. Era la espada del novio. Evita cogió la espada y atravesó el corazón de la tarta hasta alcanzar la tabla. Cuando la espada golpeó la madera, surgió de entre las mujeres una con un vestido abierto en la espalda, llevando dos palas de postre. El Comandante de la Región Aérea, que era el marido de la mujer de las palas, fue el primero en acercarse con su platito para recibir una porción, y aprovechó para estrechar la mano del novio. El novio era solamente un alférez y el largo abrazo que siguió

al apretón de manos, por iniciativa del Comandante de la Región Aérea, lo perturbó tanto que se estremeció ante la presión del puño del coronel, quien se encontraba allí de paso, de camino a Mueda. A un alférez raso como él nunca se le había pasado por la cabeza que un Comandante de Región estuviera presente en su boda, que lo fuera a abrazar. Todo esto lo captó la cámara del fotógrafo, quien se había subido ahora a una mesa auxiliar con mantel junto a la barandilla. Desde ese instante, y hasta que llegó la orquesta, no hubo sino un breve tintinear de vasos, un manjar de dátiles. Los invitados prorrumpieron nuevamente en aplausos.

Y aplaudieron aún más fuerte cuando la pequeña orquesta, con instrumentos casi exclusivamente de viento tocados por cuatro blancos y un negro, comenzó a sonar. Mientras soplaba, el negro tenía las mejillas tan hinchadas que parecía que iba a explotar. Toda la música era, de hecho, una explosión que iluminaba la tarde. El Comandante de la Región Aérea, el que estaba de paso hacia Mueda, abandonó a la mujer de las palas del postre y agarró a la novia. El novio se quedó con la mujer de las palas del postre, que había acompañado a su marido sólo para conocer Six-Miles y que regresaría en el avión de la mañana siguiente. Tras ellos, las demás parejas comenzaron a girar alrededor de la inmensa mesa.

Las parejas giraban y giraban. Esto fue hace veinte años, y en esa época no era costumbre que las parejas bailaran sueltas, cada uno de ellos frente al otro, como los espada-chines. Por el contrario, estaban entrelazados y girando, y todo el espacio que sobraba de la larga mesa fue ocupado

por la trayectoria de las caderas, aunque hubiera mujeres de más apoyadas en la barandilla, pues no eran tiempos de paz completa. Todavía era por la tarde, el sol aún estaba bien amarillo y suspendido sobre el Índico, y la ciudad de Beira, postrada por el calor a la orilla de los muelles, era tan amarilla como la piña o la papaya. La novia suspiró, pero no de cansancio o de sueño sino de deslumbramiento, y tras ese suspiro el Comandante de la Región Aérea comenzó a hablar muy alto, como era de esperar.

«África es amarilla, mi señora», —dijo el Comandante apretando la muñeca de Evita. «La gente tiene ideas locas de África. La gente piensa, mi señora, que África es una selva virgen, impenetrable, en donde el león se come al negro, el negro se come al ratón asado, el ratón se come las cosechas verdes, y todo es verde y negro. Pero todo eso es falso, mi señora. Como tendrá la oportunidad de ver, África es amarilla. ¡Amarilla clara, del color del whisky!».

Giraban y giraban sin parar, ella con los brazos muy abiertos, extendidos, levantados para poder alcanzar la parte alta del uniforme en donde tenía que posar levemente los dedos de la mano, como una avispa. La novia, siempre con los brazos abiertos como antiguamente, cuando se despedía a un trasatlántico, también bailó con otro coronel, con dos mayores y con tres capitanes, riendo sin parar. En uno de los descansos, alguno de ellos —no recordaba cuál— le había dicho:

«Todavía es demasiado pronto para que lo haya podido comprobar, ¡pero verá que esta es una de las pocas regiones ideales del planeta! Si admira el paisaje, verá que, para ser perfecto, solo le faltan unos cuantos rascacielos sobre la costa. Tenemos todo lo del siglo dieciocho, menos el es-

pantoso fisiocratismo, todo lo del siglo diecinueve salvo la libertad de los esclavos, y todo lo del siglo veinte excepto la televisión, ese veneno en forma de pantalla. ¡Con unos veinte rascacielos, la costa sería perfecta!».

Evita quería acordarse de cuál de los oficiales era el que había elaborado esta síntesis, pero los uniformes, a no ser por los galones en las mangas, eran extremadamente parecidos. Las voces, por su parte, aunque eran distintas, se confundían en el modo de acentuar las últimas sílabas, como si los militares hablaran para ser oídos a distancia, en la amplitud abierta de los desfiles. Y cuando susurraban, lo hacían con los gestos, por lo que no se acordaba cuál de ellos había hecho tan admirable síntesis. ¿Quién habría sido? Evita no pudo preguntárselo sino por un breve instante. Mientras la mesa empezaba a perder la frescura inicial, con algunas cáscaras y muchos platos fuera de su lugar, se acercó una pareja singular. Evita tenía la mirada clavada en la pareja.

A primera vista, la singularidad de la pareja provenía sobre todo de la mujer, pues el hombre únicamente parecía lucir más condecoraciones de lo normal para alguien de su edad. Un grandullón. Ella, sin embargo, sobresalía entre todo y todos, ante los objetos, la mesa, la fruta, la pirámide de piñas, todas las cosas cortadas y perfectas que todavía estaban allí. Sobresalía por sí misma y por su cabellera, constituida por una especie de ramo audaz de rizos fluctuantes que caían por todas partes, como una cascada color zanahoria, mientras que el cabello de las otras mujeres, por contraste, era de un castaño oscuro, sarraceno, estuviera alisado por la espalda o en un moño abultado imitando un

arbusto, como se usaba en esa época. Cuando le extendió la mano, Evita se fijó en que el color de las uñas y el del cabello diferían apenas de un tono intermedio. En uno de los dedos, tenía un anillo que brillaba intensamente. La singularidad de ella no se comparaba con la de él.

«Te presento a un héroe», dijo el novio, como si finalmente hubiera llegado alguien a quien había estado esperando ansiosamente.

«¡Qué dices! Lo que más me gustó fue la manera como se besaron antes, en la boca. El que se besa así no puede ser tartamudo», dijo el capitán.

Pero el capitán se interrumpió porque el Comandante de la Región Aérea, con una botella bajo el brazo, decía a las mujeres de vestido abierto en la espalda que lo rodeaban: «¡Oh, oh! ¡La guerra! Si no fuera por la guerra, *mesdames*, la vida sería tan tediosa que hasta la calma daría piedras!». Y como el Comandante los cortó diciendo esto, el novio y el capitán no pudieron seguir hablando.

¡Una lástima! Todavía era demasiado pronto para matar la tarde, aún era temprano para hablar de la guerra que, por lo demás, no era una guerra, sino una simple rebelión de salvajes. Todavía era demasiado pronto para hablar de salvajes; ellos no habían inventado la rueda, ni la escritura, ni el cálculo, ni la narración histórica, y ahora les habían dado unas armas para que hicieran una rebelión... Era demasiado pronto para hablar del Imperio, por lo que la orquesta comenzó a tocar de nuevo, aunque suavemente, y la voz grave de un blanco sin instrumento de viento cantó, imitando la voz de un negro: *Please, please, get out from here tonight...* El contacto frecuente entre los oficiales portugueses y los sudafricanos permitía que todos hablaran correctamente

en inglés, y no solo para los asuntos de la guerra. El propio Comandante de la Región Aérea, quien distinguía perfectamente los momentos de servicio de los momentos de coñac, dijo en voz muy alta, asfixiando la música, *please, get out from here tonight*, dirigiéndose claramente a los recién casados. El fotógrafo aprovechó la risa cómplice de los novios. Era un hombre sensible, el fotógrafo, por lo que ya no quería seguir retratando ni la mesa ni la tarta. Si lo hubiera hecho, la tarta habría salido en la foto con el aspecto abollado de un coliseo romano en ruinas. Fue solo en ese instante cuando los novios, conducidos por el fotógrafo, repararon en una bandeja con un sobre al lado de las frutas. El capitán lanzó desde lejos un manojo de llaves, que cayó justo en el sobre. El capitán debía ser un gran jugador de baloncesto, pues su tiro fue certero.

Los invitados comprendieron que las llaves significaban el préstamo del descapotable blanco, ante lo cual aplaudieron nuevamente musitando comentarios pícaros entre ellos. El novio entendió perfectamente la situación, los susurros de todos los invitados y la insistencia del fotógrafo, y quiso sacarlos a todos de allí, mucho antes de que llegara la noche. De hecho, una atmósfera amarilla clara del color del whisky iba cayendo mientras fueron conducidos, entre carcajadas, al extremo de la terraza.

«¿Crees que los engañamos?», preguntó Evita en el ascensor que bajaba como una flecha.

«Completamente», dijo el novio, ya en el descapotable. «Quedaron convencidos de que nos vamos a acostar juntos por primera vez. ¡Qué ingenuos!». El descapotable partió con un ronquido. Todo lo que había sucedido en esa terraza había sido admirable, pero nada terminaba allí. Todo esta-

ba por comenzar, como en el momento en el que el primer viento anuncia la tempestad.

Y entonces la novia recostó su cabeza en la cintura del novio. Ahora, sin maletas ni ropas largas (pues las habían dejado en el pequeño cuarto del *Stella*) se sentían libres por las calles de la ciudad de Beira, que eran planas, como si hubieran sido trazadas sobre la recta de una superficie lacustre. Los manglares parecían rojizos y cubrían todas las puntas de arena completamente salvajes. El novio estaba ansioso de llanura y quiso sentarse en un bar construido en caña que sustentaba el manglar. Cuando un bando de aves surgió volando muy cerca del lodo del manglar, donde finalmente se posó, el novio le pidió a la mujer que no se moviera, pero él se quitó los zapatos y se metió entre la nube de aves color de fuego, de zancas enormes, que parecían desplazarse aún por el instinto formidable del Génesis. Evita se quedó mirando cómo, de hecho, todo era naranja y amarillo, incluso el novio. Cuando este se aproximó aún más a las aves, no todas ellas levantaron el vuelo. Con las patas inmóviles, erectas, muchas de ellas mostraban sus cuellos largos como ganchos, doblándolos y desdoblándolos por encima de sus papadas. Todas tenían los ojos puestos en los pedazos de pez que había en el lodo, y no prestaban atención al novio, que les hacía ademanes con sus zapatos y gritaba fuertemente. Algunas parecían haber perdido la aguda visión de pájaro, y solo se alejaban cuando el novio las quería tocar. Cuando salió del lodo, el novio tenía las piernas sucias hasta por encima de las rodillas y había sido poseído por una energía irracional. Saltaba entre el mar y la arena con los zapatos en la mano,

y tanto la arena como los manglares o el mar eran color whisky y también ciruela.

«¡Eh, *black!*!», gritó muy fuerte en dirección al bar.

Como si hubiera estado esperando, un muchacho apareció con un trapo, riendo con formidables dientes. Se aproximó, se inclinó y comenzó a limpiar las piernas del novio, llenas de arena y lodo. Frotaba y frotaba, pero las manchas persistían y, ante la risa del novio, el *black* fue, por iniciativa propia, a buscar un recipiente con agua y acabó limpiándole los pies con otro trapo. El *black* se arrodilló en el piso de madera y lavó uno a uno los dedos del novio. Cuando hubo terminado, se retiró reculando, con el recipiente en sus manos, riendo decididamente y derramando el agua. Al tiempo que temblaba y reía, desapareció por la puerta, no sin antes cerrarla. Los novios se miraban uno al otro, llenos de ternura. No había nadie más que ellos en el pequeño bar de madera, y como el atardecer era espectacular, podían besarse tranquilamente, en la boca y en las orejas, movidos sin duda por el instinto de nidificación que se apoderaba del mundo.

«¿Volvemos?», dijo él, a punto de desmayarse.

«Claro», dijo ella. Igual, estaba casi todo oscuro, salvo una franja rojiza en el cielo. En ese momento, ya cerca del *Stella Maris* había comenzado el gran ajetreo de los negros, y el ruido de los pies contra la tierra llegaba hasta la terraza. Si, en esa noche, las intensas luces del hotel no se reflejaban en el Índico, era solo porque la marea estaba bajando y la arena se secaba entre una y otra ola. Los invitados seguían bailando, comiendo y bebiendo cuando comenzaron a oírse los movimientos por la avenida y los gritos del lado del Chiveve, en el brazo que formaba el mar. Pero no por eso

valía la pena suspender nada de lo que sucedía, o sea bailar y reír intensamente.

«¿Qué es eso?», preguntó un invitado, mirando hacia la oscuridad.

«Probablemente sea la novia gritando», respondió un mayor, con una gran sonrisa de inmensos dientes amarillentos, uno de los cuales estaba sostenido por una corona de oro. Y el militar siguió bailando con su pareja. Pero Evita y el novio estaban en la zona opuesta a la costa y regresaban por las calles traseras hacia ese pequeño cuarto adonde la música de la terraza llegaba con nitidez. Se abrazaron. El novio dijo: «¡Pfff! Apenas un tabique separa las dos habitaciones». Entonces se dirigieron al baño, que era enorme, y cubrieron todo el piso con las toallas que estaban colgadas.

«¿Está duro, el suelo?», preguntó el alférez.

«No, para nada, y además es plano como la superficie de un lago!».

«Que de repente alcanza una ola».

«Varias olas...».

En ese instante se oyó otro grito, aunque era el primero que los novios oían. «No tengas miedo», dijo él, separándose de ella y mirando por la ventana. «Es sólo un automóvil que patina». Entonces, continuaron tendidos sobre la superficie mullida del enorme baño, el novio como si fuera de plástico, adherente, moldeado a la figura de la novia. Ellos no podían saber, ni les convenía saber, aquello que ya se sabía en la terraza, en donde la atención se centraba en los ruidos que a veces se intensificaban y otras se ahogaban en el persistente rumor del mar.